

Un Aspecto Ontológico del Lenguaje

por Angel M. Mergal

El origen del lenguaje ha sido siempre para los lingüistas una incógnita desesperante. Alguno ha llegado a pensar que es preferible no ocuparse con este problema; lo cual no ha impedido a B.F. Skinner dedicar algunos esforzados años al estudio minucioso del Language Behavior, partiendo del plano causal.

Después de treinta años, sino de experiencias, por lo menos de práctica de la enseñanza, y más de veinte observando el comienzo del lenguaje en los niños, desde su nacimiento hasta su quinto cumpleaños, es explicable mi reincidencia, no en el estudio del origen del lenguaje, sino en la relación del lenguaje con lo que parece ser la diferencia específica del ser humano, como se manifiesta en el niño que aprende. El estudio del llamado Lenguaje de la Cuna, es decir, de la actividad vocálica del infante inmediatamente después de despertarse e inmediatamente antes de dormirse, han aportado bastante a la solución del enigma y mucho más los atinados estudios de J. Piaget. Pero creo que la verdadera fuente hay que buscarla más allá de la niñez y de la infancia; más allá de las primeras manifestaciones, es decir, en la índole o esencia misma del ser que se manifiesta por el habla; en la propia esencia óntica del ser humano.

A la pregunta ¿cómo podemos definir o determinar la esencia del ser humano? La contestación es perogrullesca; pero ineludible: cómo lo hacemos

con todos los demás seres, infiriéndola por sus manifestaciones, en contraste con las manifestaciones de otros seres que no son humanos. Aceptando la casual indicación del Evangelio: "Por sus frutos los conoceréis".

Al decir Un Aspecto Ontológico del Lenguaje nos referimos particularmente a la ontología del ser humano, a diferencia de otros seres que no son humanos. La brevedad necesaria de este trabajo demanda ofrecer hipótesis y proposiciones sin justificación expositiva. Por tanto diremos, sin más consideraciones preliminares, que partimos de una hipótesis debidamente fundada; pero cuya fundamentación aquí no procede: La diferencia específica del ser humano consiste en su capacidad innata de objetivarse a sí mismo y para sí mismo, de la cual capacidad carecen todos los demás seres. "Mihi quaestio factus sum..." dice San Agustín en sus Confesiones. Sin esta capacidad de objetivación, (Lib. X, Cap. 33) no habría problema, ni del hombre para sí mismo, ni del mundo para el hombre. La naturaleza infrahumana, que sepamos, no es problemática para sí misma, de ahí que se mantenga siempre naturaleza, ya que la historia y la cultura son hijas de la problematicidad. (Esta conclusión la negarían naturalmente, los bijevioristas, para quienes la problematicidad no es absolutamente específica del ser humano, sino gradual de todos los seres vivos, aun de las plantas, que también aprenden.)

A esta capacidad de auto-objetivación, la llamaremos capacidad de trascendencia, y la definimos como una función anímica del ser humano, que consiste en separarse o salirse intelectual, imaginativa y vivencialmente de la estructura y contexto natural del propio ser, y pensarse, percibirse y sentirse a sí mismo como el contemplador de sí mismo y de los seres contextuales que constituyen el contorno o ambiente vital. A esto llaman los psicólogos de habla inglesa (los que mejor conozco) self, awareness, self-awareness y a veces consciousness y self-consciousness. Los españoles lo llaman identidad personal y misimidad. A lo mejor, se usan otros términos que yo ignoro.

Además de llamar a esta función anímica trascendencia, la he llamado también libertad óptica, para contrastarla con la necesidad óptica de los otros seres, que carecen, creo yo, de la capacidad de auto-objetivación propiamente dicha. El mismo ser humano, en cuanto es animal natural, está sujeto a la misma necesidad óptica en que consiste el átomo, la molécula, la célula, los tejidos, y los organismos vivos. Estos seres son lo que son por necesidad óptica o estructural, y no pueden advenir otra cosa; mientras que el hombre, siendo animal, puede advenir médico, artista, delincuente, Presidente de la nación, Rector de la universidad, parlante y hasta parlamentario. Estos otros seres, a los cuales el hombre puede advenir, constituyen, en el proceso histórico, que es el proceso de la libertad óptica, otro mundo de trascendencia con respecto al mundo natural, y al cual llamamos el mundo de la cultura.

Uno de estos seres de cultura, a los cuales el hombre actual adviene y sobreviene, es la lengua ya creada. El hombre originario, el Ur-Mensch del Libro de Job, (cap. XV, 7) adviene a la lengua por libertad óptica, es decir por creatividad primaria; el hombre actual adviene a la lengua por aprendizaje y también por creatividad secundaria, por enmienda y renovación de lo ya creado. No porque Whorf-Göppir lo hayan formulado científicamente, sino porque así es en el proceso de crecimiento cultural, tanto de la humanidad, como del niño, en el lenguaje se figura y simboliza no solo el mundo cultural, sino también el natural, en cuanto es percibido por y asimilado a la libertad óptica. El mundo y el lenguaje, como lo han demostrado minuciosamente J. Pidget y sus colaboradores, así como A. Gesell y los suyos, se re-crean mutua y paralelamente en el crecimiento espiritual del niño. Lengua y Mundo, para el niño, es una sola realidad. Y aun para el adulto altamente cultivado "la ciencia es un lenguaje bien hecho".

Paul B. Weisz, profesor de biología en la Universidad de Brown, ha escrito en un libro de texto para la enseñanza de esta materia: "Fundamentalmente la ciencia es un lenguaje, un sistema de comunicación. La religión, el arte, la política, el inglés, y el francés son otras tantas lenguas. Como éstas, también la ciencia capacita al hombre para viajar por nuevos países de la mente, para entender y hacerse entender en esos países... En verdad, la ciencia es una de las pocas lenguas universales, entendida sobre la faz del globo... Pero cada una de estas lenguas tiene varias formas... Son lenguas diferentes, cada una ejerce su función en su propio dominio." (The Science of Biology, McGraw Hill, segunda edición, 1963, pág. 15)

En la lengua se objetiva como en un espejo, la conciencia propia del parlante, la conciencia de la humanidad, a la cual pertenece, y la naturaleza concientizada en el hombre y en la humanidad a través del proceso de culturización de la vida humana. Las consecuencias desastrosas a las cuales puede conducir una simbolización desviada o aberrada constituyen la ciencia de los semanticistas americanos, fundada por Alfredo Korzybski.

El hombre es, pues, un ser de doble esencia, natural en cuanto es por necesidad óptica, e histórico-cultural en cuanto es por libertad óptica. Y lo mismo que constituye la fuente originaria de todos los demás seres de cultura, constituye la fuente originaria del lenguaje.

En consecuencia de lo que hemos dicho inferimos que todas las lenguas son funcionalmente iguales, si bien estructuralmente todas son diferentes. Por tanto la lingüística debería contemplar sólo dos vertientes: la funcional y la estructural. La funcional ha de considerarse desde el ángulo ontológico; la estructural, desde el ángulo histórico. Lo cual quiere decir que el lenguaje es función de la potencialidad humana para objetivarse y automáticamente objetivar su contexto existencial, es decir, su mundo pensado, sentido y vivido, en cosas y relaciones intrapersonales, interpersonales, entre persona y cosas, interiores a las cosas y exteriores entre las cosas.

Para objetivar las personas y las cosas todas las lenguas tendrán nombres y adjetivos; para señalar a las relaciones, todas las lenguas tendrán verbos, adverbios y partículas. Pero como muchas cosas consisten en su función, como una carrera, una caminata o un silbido, muchos verbos van a adquirir naturaleza de ^{nm}nombres y muchos nombres, de verbos, así como se dice en

inglés to bridge a river, o to iron a shirt. Al correr del tiempo histórico estas formas se deforman, transforman y reforman conforme a unos modos que los filólogos dan en llamar leyes, proceso diacrónico, o lo que sea.

Para imaginar, si ya no comprender, o determinar, cómo el lenguaje es función de la libertad óptica, o trascendencia humana, ayudaría considerar someramente otras categorías culturales. El origen del lenguaje será análogo al de estas categorías. Véase, por ejemplo, la familia, de donde luego derivan tribu, sociedad, patria, nación y humanidad. La necesidad natural ordena la reproducción exacta del ser. En los animales, incluyendo el humano, la reproducción es sexual. Pero, en función de su capacidad de auto-objetivación, el hombre metamorfosea esta necesidad en familia, y a la postre en sociedad, patria y humanidad.

El ser natural necesita sobrevivir y por ello se empeña en la lucha natural contra otros seres para disputar su supervivencia. El hombre transforma esta necesidad en técnica. A estas estructuras de técnicas llamamos usualmente civilización. Las necesidades universales de vivir, de ejercer su libertad óptica y de procurarse la satisfacción hacen a todos los hombres iguales por necesidad; pero al transformar estas necesidades en creaciones culturales, cada cultura adquiere matiz diferencial y así mismo lo adquieren los hombres que la crean y a su vez son creados en ellas.

La potencialidad óptica para objetivarse a sí mismo hace a cada hombre rival de su semejante, celoso de su propia libertad que percibe amenazada por

la del otro. Pero esa misma capacidad permite al hombre transformar culturalmente la necesidad natural de imponerse para defenderse y crea el derecho, articulador de todas las libertades. El derecho, ser de cultura, al igual que la lengua, permite a los hombres articular sus libertades personales para ensancharla e incrementarla en libertad social en vez de reducirla o destruirla del todo, y este poder colectivo para la articulación y crecimiento de la libertad constituye la soberanía.

Análogamente los seres naturales tienen necesidad de comunicarse o relacionarse entre sí para constituirse en mundo natural, en cosmos en vez de caos. Se comunica el oxígeno con el hidrógeno para constituirse en agua; se comunican el macho y la hembra de las aves por su canto, sus colores y sus olores para copularse, reproducirse y defenderse; se comunican las bestias entre sí por sus ruidos, sus formas, sus movimientos corporales, sus olores, para cumplir los mismos fines naturales, y así sucesivamente. Pero en la naturaleza estos recursos de comunicación son automatismos sin objetivación, realizados por necesidad y no por libertad óptica. No así, por ejemplo, en el ser humano sordo-mudo, cuyos ruidos ó sonidos vocálicos, sus gestos, ademanes, movimientos y posiciones corporales se realizan y coordinan sistemáticamente para expresar y comunicar con deliberación contenidos psíquicos que son productos de su capacidad de objetivación. El sordo-mudo normal y el infante, nos abren amplias perspectivas por donde contemplar el posible origen de la comunicación verbal y simbólica. El hombre transforma los

ruidos y los sonidos naturales en lengua y en habla, así como transforma los olores, las formas, los colores, los movimientos, los mismos seres naturales, montañas, ríos, árboles, rocas, sol, luna y estrellas, en símbolos de su propia vida anímica, personal y social. El sonido, la duración marcada por el silencio, y el ritmo producido por la duración, son elementos naturales que todo ser humano transforma en música al asimilarlos a su potencial de trascendencia objetivadora; y la música es un lenguaje menos terrenal, menos útil tal vez, pero no menos significativo.

Contemplado desde esta perspectiva, podemos inferir que la fuente originaria del lenguaje la constituyen dos funciones específicamente humanas: v.g. la objetivación y la comunicación. No solamente la objetivación del mundo en cosas y relaciones, así como de la mismidad o vivencia de la identidad en persona, sino la objetivación de otras vivencias como el pensamiento, las emociones, los deseos, los temores, los recelos, etc. A la función objetivadora del sí mismo y todo su contenido psíquico, llamamos expresión. A la función objetivadora del mundo llamamos mención. A la función objetivadora de las relaciones llamamos comunicación. Y diremos que son estas tres las funciones básicas de la lengua, salvo la mejor opinión de B.F. Skinner.

Los seres culturales adquieren trascendencia del mundo natural, es decir, se independizan de su creador, el hombre, y forman cuerpo separado, con régimen interno y vida propia. Esto también ocurre con la lengua. Así, por analogía con los seres naturales; pero sólo por analogía, se puede hablar

de la vida del lenguaje. La ciencia que estudia el proceso vital del lenguaje es la lingüística.

Por el proceso de objetivación el ser humano descuartiza la existencia total en seres separados, y a este mismo ser aislado lo atomiza en factores estructurales y en factores funcionales. Esta es la obra de la ciencia experimental. Le queda, sin embargo, una permanente necesidad, natural en el hombre, de recobrar la totalidad de la existencia, reintegrando por la imaginación lo que desintegró por la inteligencia abstractiva. Esta necesidad humana es la fuente originaria del arte, de todas las artes, incluyendo la literatura. La belleza estética, esto es la belleza de las formas percibidas por los sentidos, no es el objeto último del arte, sino la compenetración de las esencias y en última instancia, de la verdad total de la existencia. Los escolásticos atribuyen al Ser, y a todos los seres, tres trascendentales, entre otros: bonum, verum y unum. La actividad artística busca la expresión de esa trascendencia del ser: uno, bueno y verdadero.

Para la literatura, la lengua es como el sonido, el silencio y el ritmo temporal para la música; como la forma y el color para la pintura; como la línea, el espacio y la masa para la arquitectura y la escultura; como el movimiento y la forma para la danza; en una palabra, es la substancia natural que la libertad óptica del hombre metamorfosea en valor artístico y en esencia inteligible.

La literatura, en su más cabal expresión, obedece a la necesidad humana de restaurar a la existencia la unidad, la verdad, y el bien del ser, atomizado por la ciencia teórica; en fin, a la intención suprema del arte: recobrar la vivencia del ser originario. Y si la función básica de la lengua es la objetivación del ser originario y de sus relaciones, es consecuencia lógica, que habrá de ser también, en buenas manos, el más poderoso instrumento para la creación artística. Sin embargo, el estudio científico de la lengua no debe realizarse sobre el texto literario, sino sobre aquel "román paladino, en el cual suele el pueblo hablar a su vecino," del cual se valió el primario poeta de la lengua española, Gonzalo de Berceo.